

Cómo cazar maridos

(Monólogo Teatral)

Carlos Etxeba

En un escenario informal con un asiento en la parte central entra GENOVEVA una señora de edad indefinida.

GENOVEVA.- Muchas amigas mías me preguntan qué he hecho yo para tener tanto éxito con los hombres. Se dan cuenta que he debido tener ciertas cualidades psicológicas especiales para poder enamorar a tres maridos como he tenido y todos ellos felicísimos de haberse casado conmigo, tal como lo decían a todo el mundo.

Ya ha habido una amiga mía maliciosa que me ha preguntado también qué he hecho para verme libre de todos ellos. Yo no hice nada especial. Simplemente me dejé llevar de mi temperamento y conseguí que, por lo menos, durante el matrimonio fueran unos maridos muy felices. Es que el mundo de las amigas es muy variopinto.

Yo no he sido nunca tan fría como una amiga mía de la que decían que sólo se calentó, cuando la incineraron al morir. Tampoco he sido tan caliente como otra amiga mía que le gustaba ir en el metro a las horas punta, cuando está abarrotado, porque salía siempre con el sujetador en la mano.

A las jovencitas que me piden consejos para cazar marido que no quieren quedarse para vestir santos, ni para tener que pasearse y discutir eternamente con las amigas, con las que generalmente no están de acuerdo en nada, les doy unos consejos muy buenos, como para casarse unas veinte veces hasta llegar a los cincuenta.

Para esto hay que tener una sexualidad normal, no como aquella

amiga mía que se quejaba de que le había violado un idiota por la calle, porque encima le había tenido que ayudar ella, o como aquella otra de la que decían que en la tumba habría que poner la siguiente inscripción: «Al fin duerme sola».

El primer consejo para casarse, es que sencillamente pongan cara de tontas, pero no de una tonta cualquiera que anda despistada por la vida. Tienen que poner cada de tontas circunferenciales, es decir que parezcan tontas las miren por donde las miren.

A los hombres les interesa que la mujer no se dé cuenta de todas las estupideces e idioteces que dicen, porque así se crecen y se creen superiores para esclavizarlas intelectualmente.

Lo practiqué con mi primer marido. Cuando le escuchaba abría la boca descomunadamente, aunque se metiese en la boca alguna mosca impertinente, para que se creyera una persona importante, por lo menos como Napoleón.

Así los hombres se crecen y te empiezan a mirar como si fueras la mujer destinada realmente a valorar sus eximias cualidades.

El primer hombre que me pretendió era un joven catedrático de filosofía, una lumbrera intelectual, pero que de la vida práctica no tenía ni idea. He de advertirles que yo siempre he sido muy detallista y meticulosa en mis apreciaciones y me doy cuenta de muchas cosas psicológicas que se escapan a la mayoría de las personas que me rodean, sobre todo a los hombres.

Yo no he sido nunca una joven de gran belleza que atrajera espontáneamente a los hombres. Tenía que suplir con mi inteligencia y malicia lo que faltaba a mi atractivo físico.

Las primeras profesoras que tuve fueron mis amigas. Noté que mi amiga Amalia, al ver a Guillermo, mi futuro marido, se pintaba los labios y le guiñaba un ojo cada dos por tres. La tonta no se daba cuenta de que yo la observaba con toda malicia.

Sin embargo, Guillermo, a la hora de escoger novia, me escogió a mí. Cayó en mis redes que eran mucho más inteligentes que las suyas. Yo fingía ser una ignorante total delante de Guillermo y le preguntaba por el significado de las palabras que utilizaba, cuando hablaba y cómo se escribían, si con be con uve con ge o con jota.

Noté que Guillermo se crecía a mi lado, al ver la diferencia cultural que había entre los dos. Conseguí que se me declarara cuando le pregunté muy ingenuamente cómo se hacían los hijos.

Entonces él me hizo una demostración práctica. Me empezó a desnudar y a tocarme los pechos, para calentarme y ponerme a cien en la demostración. Yo entonces empecé a llorar y a hablarle del pecado. Le di una lección de religión y moralidad cristiana.

Total que vio en mí una bicoca. Una tonta muy religiosa que no le pondría nunca los cuernos, por mis fuertes convicciones religiosas. Así me tendría siempre en la cocina, mientras él podría hacer lo que le diera la gana con todas las mujeres del mundo.

Al mes de poner en práctica mi estratagema, me pidió en matrimonio. Mi amiga Amalia se puso roja de envidia y no quiso verme en una temporada. Yo cacé a un intelectual mientras que ella se tuvo que casar con un obrero de la construcción que fue el único que cayó en la trampa del guiño constante del ojo.

Durante mi primer matrimonio yo seguí poniendo cara de tonta, para darle más libertad de movimiento. Así pude descubrir lo que descubrí y darle el mayor disgusto de su vida.

A mi amiga le fue fatal con el obrero de la construcción que era muy bruto y le solía dar alguna que otra paliza. Bueno, hay que decir también que mi amiga era muy libidinosa. Recuerdo que me dijo que un tío le había querido comer la almeja con cuchillo tenedor.

Un día mi marido me dijo que tenía que ir a Madrid a dar una conferencia sobre la «Materialidad y Corporeidad del Ente Filosófico» en el Ministerio de Cultura.

Me acuerdo que le dije: No trabajes mucho, querido, que te va a doler la cabeza de tanto pensar. Coge el tiempo que quieras con tranquilidad y vente a casa, cuando puedas. Para cuando vuelvas te prepararé un pastel de manzana que te vas a comer los dedos.

Lo dije con una gran cara de tonta de forma que mi primer marido no cayó en la cuenta de mi estratagema.

Cuando Guillermo se marchó a Madrid llamé por teléfono a Amalia y me dijo su marido, el obrero de la construcción, que había tenido que ir rápidamente a Madrid por un asunto familiar.

Me figuré inmediatamente la escena. Había ido a hospedarse seguramente en el mismo hotel que mi marido. Llamé al hotel y me dijeron efectivamente que estaba hospedada allí. Decidí

dejar de poner cara de tonta, para empezar a cantarle las cuarenta al petardo de Guillermo.

Conseguí que se dejara coger en uno de sus frecuentes deslices y ahora podría esclavizarlo con mis reproches, acusaciones y lamentaciones, porque para esto tengo una elocuencia natural que daría lecciones al mismo Demóstenes.

El incidente de Madrid lo resolví de la siguiente manera. Llamé al obrero de la construcción y le dije que fuera inmediatamente al hotel de Madrid donde se hospedaba mi marido, porque su mujer había tenido un accidente, ya que le había pasado un camión por encima.

Cuando el obrero de la construcción llegó al hotel de Madrid y descubrió el pastel, se armó la marimorena. Comprobó que lo que le había pasado por encima no fue el camión, sino el petardo de mi marido. Le dio una manta de palos a mi marido y un terrible golpe en la cabeza del que ya no se recuperó nunca y que fue el causante de su muerte al cabo de cinco meses.

Cuando le trajeron a mi casa en camilla, contó que le habían asaltado unos ladrones, para robarlo, pero yo sabía la verdadera historia. Murió como consecuencia del puñetazo que le dio el obrero de la construcción.

Total que a los cinco meses me encontré viuda, con sólo un año de casada, dueña de la fortuna de mi marido y de toda su familia ya que era hijo único y sus padres habían ya muerto.

Mi segundo marido, Antonio, quiso casarse conmigo rápidamente. Como me había convertido en una viuda rica y joven, enseguida apareció a mi alrededor una serie de hombres que me alababan constantemente.

Para que un hombre quiera casarse con una mujer, no hay como dar a la mujer una buena dote con la que el futuro marido pueda disfrutar a sus anchas del dinero de la mujer. Sólo tienen que hablarle un poquito de cariño y hacer como que la satisfacen otro poquito en la cama, para creer que tienen derecho a disfrutar a pierna suelta del dinero de la mujer.

Pude escoger entre diferentes pretendientes. Me fijé enseguida en un joven cachas que hacía culturismo y que iba al gimnasio durante dos horas diarias. Tenía un cuerpo perfecto y en cuestiones de amor era tan experimentado que me hacía ver las estrellas de placer en la cama.

Con la experiencia de mi primer marido, yo creía que todos los

hombres hacían el amor de la misma manera. Es decir todos eran unos soseras en la cama. Con mi segundo marido, Antonio, la cosa era diferente. Una vez me dijo una amiga mía que a ella su marido sólo le dirigía la palabra para hacerla un hijo.

Antonio era un analfabeto en cuestiones de filosofía y letras, pero lo suplía con un cuerpo perfecto. Tenía una ignorancia total, cuando hablaba en cuestiones gramaticales y usaba constantemente las palabras cojones y joder como un latiguillo.

Tampoco tenía una conversación muy fluida, es decir, apenas hablaba, pero actuaba por las noches en la cama que se dejaba la piel en el intento.

Antonio, comparándolo con mi primer marido le hubiera dado el premio del maratón del sexo, porque era realmente un fuera de serie.

Era representante de una importante firma internacional francesa de zapatos de señora y tenía una predilección especial por los zapatos de tacón de aguja. Tenía que viajar mucho por Francia.

Además me parecía fetichista, cuando me mandaba que me pusiera los zapatos de tacón de aguja para hacer el amor en la cama. Díganme Uds. como se puede hacer el amor con unos zapatos de tacón de aguja en la cama. Me acuerdo que una noche, sin darme cuenta, le metí la punta del tacón de aguja por el ojo y se lo puse morado.

Cuando le tocaba ir a Francia, yo descansaba de las palizas sexuales que me daba por las noches. No se saciaba nunca. A veces deseaba que se fuera a Francia para siempre y me dejara en paz. Él era muy liberal en todo. Solía decir que no entendía por qué no se podían casar dos curas si se querían de verdad.

Cuando Antonio venía de Francia, venía muy cansado y empecé a pensar que me estaba poniendo los cuernos con alguna francesa de zapatos con largos tacones de aguja, ya que son todas unas lagartas.

Un día, sin que se diese cuenta, le revisé la maleta y encontré dentro de ella un montón de periódicos franceses en los que hablaban del violador de los zapatos de tacón de aguja.

Los títulos eran poco más o menos así: «El violador de los zapatos de tacón de aguja ataca de nuevo. En París tres mujeres han sido violadas en una misma noche por un mismo violador y a las tres las dejó cojas porque les robó un zapato de tacón de aguja».

Es decir, el violador galo de los zapatos de tacón de aguja era un fetichista. Empecé a sospechar inmediatamente de mi marido. ¿No podría ser él ese violador? ¿Por qué tenía tanto interés en guardar aquellos periódicos franceses en los que siempre se daba la misma noticia del violador de los zapatos de tacón de aguja? ¿Por qué tenía él esa manía de hacer el amor con esos ridículos zapatos?

Mis sospechas arreciaron, cuando un día encontré dentro de la maleta, sin que él se diera cuenta, un tacón de aguja roto.

Examiné la cara de mi marido para ver si tenía alguna herida producida por el tacón roto durante la refriega sexual y efectivamente encontré un moratón en el cuello del lado de la oreja. Esa era la demostración de que mi marido era el violador de los zapatos de tacón de aguja.

Cogí el tacón roto y se lo envié por correo al inspector galo, para que lo inspeccionara. Le indiqué exactamente cómo lo había encontrado.

La justicia francesa interrogó a mi marido. Las humillaciones que mi segundo marido tuvo que sufrir con motivo de las interrogatorios de la policía fueron tan grandes que no quiso volver a verme más en la vida y pidió el divorcio. Ya no le he vuelto a ver más.

Supongo que andará por Francia, vendiendo zapatos elegantes y teniendo mucho cuidado con no meter ningún zapato de tacón de aguja usado en su maleta por lo que pudiera suceder.

Para mí el misterio era cómo pudo aparecer un tacón de aguja roto dentro del muestrario de venta de mi marido.

Mi marido tuvo que explicar a la policía francesa que lo utilizaba para hacer nuevos agujeros en su cinturón cuando los necesitaba. El moratón en el cuello se lo había proporcionado al afeitarse con una cuchilla muy usada.

Como resultado de estos incidentes me encontré otra vez soltera y sin compromiso hasta que entré un día en una sucursal de la Banca Internacional de Panticosa.

Después de los jaleos que tuve con mis dos primeros maridos, empecé a sospechar que ya no podría volver a encontrar marido nunca y que lo mejor que podía hacer era no meterme en líos con los hombres.

Hay que ver cómo cambia la suerte de las personas en cuestión de sólo un día.

Había ido a Panticosa y decidí hacer un ingreso de dinero en un banco de la localidad. Me recibió personalmente el director del banco, D. Abelardo, y me invitó a un café con toda amabilidad.

¿Amabilidad digo? Aquello era mucho más que amabilidad. Aquello era devoción, afecto, deferencia, educación, atracción, afabilidad sin afectación, naturalidad sin exageraciones.

¿Y la voz que tenía? Le salía de la boca la voz más sensual que haya podido escuchar nunca. Cuando hablaba era como un barítono, cantando un aria de ópera italiana. Le salían las palabras graves redondas, llenas de su peso amoroso y cuando subía el tono, parecía un tenor dando el agudo más vistoso y sublime que haya podido oír nunca en ningún teatro del mundo.

Al mismo tiempo me agarraba de las manos y me las oprimía contra su corazón. Noté que se había enamorado de mí en ese mismo momento, porque su sonrisa tan sincera no podía fallarme. Aquella sonrisa que se expandía hasta los ojos que relucían como dos estrellas, aquellas manos que se agarraban primero a mis manos y luego a mi cintura, como quien se agarra a una tabla de salvación, no podían mentir.

Toda su figura era de una sinceridad apabullante y me dejé arrastrar por su amor, como quien se deja arrastrar por la corriente de un río impetuoso que inundara todo a su paso.

De repente me sentí como una heroína de algo que me estaba sucediendo, sin saber exactamente lo que era. Me sentía con fuerzas como para luchar por aquel amor contra un ejército de maleantes. Ya tenía mi vida un sentido importante, un sentido sublime. Tendría que luchar por defender ese amor, durante todos los días de mi vida.

Me había enamorado perdidamente, sublimemente y ya no era persona, era como una muñeca que se deja llevar por otra persona. No sé cómo sucedió pero de la sucursal del banco Mundial de Panticosa pasé el despacho del alcalde para que nos casara en el mismo instante y del despacho del alcalde pasé en un minuto a la nueva casa de mi nuevo marido que se llamaría para siempre mi adorado Abelardo.

Pasé tres días seguidos sin salir del lecho conyugal, sólo a regañadientes para hacer mis necesidades perentorias. ¡Ay, Abelardo, Abelardo, a ti te debo los momentos más sublimes que haya sentido nunca en mi vida! ¡A ti te debo el haber conocido en mi propia carne las delicias del verdadero amor!

¡La atracción de la carne física no es más que un reflejo de la

atracción del propio espíritu! ¡Qué caricias profundas que parecían llegar de las raíces el mismo corazón! ¡Qué besos continuados que parecían no despegarse nunca de los labios!

Lo primero que hizo Abelardo al día siguiente fue poner todos sus bienes a mi nombre. Me regaló toda su fortuna. Exactamente mil millones de euros.

Como mi fortuna era entonces de cien millones de euros y tenía en total mil cien millones de euros, me consideraron enseguida una de las fortunas más importante de España. Aparecía en todas las revistas del corazón. Venían a mi casa a hacerme reportajes fotográficos de todos los países del mundo. En traje de noche, en déshabillé, en bragas con sujetadores, en bragas sin sujetadores, en la cama, en el jardín y hasta en el retrete, pero con gracia y salero.

Me convertí durante un mes en la mujer más importante de la nación. Todos los hombres del mundo me admiraban. Todo el mundo me hablaba mal de mi Abelardo querido, para que le abandonase por envidia que le tenían. Pero yo no hacía caso de nadie y seguí creyendo en él hasta el último momento que llegó muy pronto.

Al ver a Abelardo tan desprendido, quiso yo hacer lo mismo y puse toda mi fortuna a su disposición, porque mi amor ya no tenía límites ni fronteras. Aquello era el paroxismo de la locura por enamoramiento. Ya no había ni conocimiento ni comedimiento que no miento.

Él supo enseguida dónde estaba la frontera más próxima y se largó con viento fresco con toda mi fortuna y la del banco que dirigía, porque han de saber Uds. que la fortuna que me regaló mi Abelardo querido, el de la voz del barítono con tonalidades de tenor de ópera, era la fortuna del banco que dirigía.

Un día se marchó al extranjero con todo el dinero y ya no le he vuelto a ver el pelo más.

Me vi de repente rodeada de policías que pretendían saber su paradero. Empecé a llamarle cabrón por las noches e hijo de puta durante el día. Me dejó en la miseria y tuve que empezar a trabajar de interina fregando suelos para poder subsistir.

La justicia se dio cuenta enseguida de mi tragedia y se apiadó de mí. No tuve que ir a prisión por aquel desfalco. Estaba claro que yo era una víctima inocente.

Por eso quiero dar este consejo a las mujeres que quieren buscar

rápido marido. Los hombres son como los pavos reales que cuando se quieren aprovechar de una mujer sacan a relucir toda una serie de caricias, besos y arrumacos para doblegar nuestra voluntad. No se fíen nunca de las palabras de amor de los hombres.

Piensen que puede haber trampa en esos besos y en esas declaraciones. Dejen pasar un tiempo e investiguen. ¡Claro que es difícil hacer esto, precisamente en el momento en el que un hombre te acaricia el cuerpo, te dice palabras de amor y tu vas y le dices: «Ahora nada monada. Vente dentro de un mes con esta canción que yo ahora voy a investigar».

Me doy cuenta de que es difícil, pero no imposible. Como no tengo un duro ahora, no se me acerca ningún hombre. Pero si se me acercase uno que volviera a repetir las caricias que me hacía el cabrón de mi Abelardo, el de la voz de barítono con ribetes de tenor, yo creo que volvería a caer otra vez en la trampa. Es que es inútil dar consejos a nadie.

¿Mereció la pena vivir aquel mes de ensueño, con aquel mentiroso que me hizo pensar que yo era la reina de Saba en sólo treinta días? Yo creo que mereció la pena sentir esta fantasía durante sólo un mes. Fue como un sueño que nunca se volverá a repetir. ¡Tenía que haber sido más lista y haber sabido alargar el romance por lo menos durante un año o dos, dificultándole la salida! Pero lo dejé escapar tontamente.

El consejo principal que tengo que dar a las mujeres que quieran buscar marido es que sigan poniendo cara de tontas delante de los hombres que quieren enamorar, pero agarrándose a la cartera para que no metan la mano en ella.

A los hombres les interesa hacer de las mujeres unas heroínas de folletín y a las mujeres nos interesa hacer de los hombres unos paga facturas.

Al fin y al cabo los hombres son como los niños. Se les ve enseguida el plumero. Hay que hacerles creer que confiamos en ellos, pero no dejarles hacer todo lo que quieran con nuestro dinero.

A pesar de todo lo que les he dicho, yo personalmente, si vuelvo a encontrar a mi Abelardo del alma, sería capaz de hacerle creer que le pongo otra vez todo mi dinero falso a su disposición, para que me haga pasar solamente un día de aquella felicidad que me regaló. Me sentí realmente como la mismísima reina de Saba.

Fue la mayor felicidad de mi vida. ¡Al fin y al cabo la vida es

tan corta y hay tan pocos Abelardos dispuestos a tratarte como una auténtica reina, aunque sólo sea por unos días!

(Mira al reloj insistentemente.)

Bueno, ahora me marcho porque he quedado con un señor que me ha invitado a un café en un bar cercano. Parece que tiene mucho dinero. ¡A ver si le cazo y se convierte en mi cuarto marido! Ya les contaré lo que me suceda. Adiós.

(Sale rápidamente del escenario.)

FIN